

TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Olga Lucía Álvarez Benjumea
(Yalí/Antioquia, 1941 -)



Medellín es una ciudad colombiana de soles intensos y a veces ariscos. Las lluvias llegan ahora a destiempo. La justicia social no ha llegado todavía. Sabemos de dónde viene la demora y los porqués, pero la fecha ha sido borrada muchas veces de la agenda de los movimientos sociales. Incluso a bala. Muchas veces a bala. Siempre ha sido a bala. En el resto del país ha pasado y sigue pasando lo mismo.

Para detener todo esto, desde varias vertientes muchas organizaciones y personas han venido haciendo resistencia y abriendo derroteros para darle una definitiva oportunidad a los tiempos de la vida. Por una de esas rutas, la del ámbito religioso-eclesial católico, se empeñó Olga Lucía Álvarez Benjumea, en sumarse a las transgresiones para abrirle campo a las transformaciones.

Una vez en agosto 1968, durante la II Conferencia Episcopal Latinoamericana –CELAM, que se reunía en Medellín, siendo parte del equipo de secretaría, dejó en espera un contra documento que varios obispos de vieja línea estaban impulsando para ser aprobado por la asamblea - a cuenta de un “extraño daño” del mimeógrafo - mientras con sus compañeras daban vía libre al documento mayoritario que finalmente fue aprobado y que hoy conocemos. Un gesto salvador y de vital importancia para los pueblos latinoamericanos.

Hacia algunos años venía buscando su lugar en los ámbitos religiosos. El bachillerato en secretariado comercial lo había hecho con las religiosas de la Presentación y luego entre 1962 y 1964 se hace novicia en la misma comunidad, justo en pleno Concilio Vaticano II.

Hacia 1966 se incorpora en Medellín a la Unión Femenina Misionera UFEMI (conocida hoy como USEMI, Unión Seglar de Misioneros, para darle cabida también a hombres), que había sido fundada por Monseñor Gerardo Valencia Cano, profeta entre el pueblo afrocolombiano en el puerto de Buenaventura. Entre 1968 y 1970 trabaja como secretaria de Monseñor Valencia, experiencia que marcaría definitivamente su vida de cara a la *opción por los pobres*. De ahí la historia del mimeógrafo...

Nacida en Yalí, Antioquia, el 4 de abril de 1941, en una familia de tres hermanas y tres hermanos, van a vivir luego a Rionegro y después a Medellín, siguiendo la ruta de su padre telegrafista. Será en 1969 cuando Olga es enviada a un año de formación por monseñor al Instituto de Catequesis Latinoamericana ICLA que funcionaba en Manizales. En 1970 le va a encargar que se vaya a Bogotá a organizar el Departamento de Teología en el Instituto Colombiano de Desarrollo ICODES (luego llamado Servicio Colombiano de Comunicación Social SCCS), entidad que había sido creada por los sacerdotes de la Teología de la Liberación: Camilo Moncada, Gustavo Pérez, Noel Olaya, la Hermana María Elena Ángel y otros. Olga se queda varios años en el SCCS, desde donde desarrolla intensas acciones en torno a la lectura popular y feminista de la biblia, a la lectura crítica de la realidad social colombiana, y en general, a campos de trabajo en línea de la Educación Popular y la Teología de la Liberación. Muchos son los textos de esa época. También la persecución por parte del gobierno colombiano. Debido al allanamiento a la oficina y a la detención de varios integrantes ocurrido en marzo de 1979, sale al exilio por un año, hacia Estados Unidos y luego a España.

Al regreso se vincula nuevamente a tareas que la fueron conduciendo paulatinamente a una apuesta de gran relevancia personal y eclesial. Entre 1998 y 1999 activa y participa del Colectivo Ecuménico de Biblistas –CEDEBI, y luego hace parte de la Comisión Mujer e Iglesia de la Conferencia de Religiosos de Colombia -CRC.

Todas estas experiencias le fueron dando formación de teóloga, más desde la experiencia de vida que desde los libros. Éstos vendrán después como lecturas de soporte.

Entonces la pregunta por el lugar de las mujeres en la iglesia católica seguía siendo cada vez más insistente. No quería un segundo lugar, el tradicional establecido en las costumbres eclesiales. Ya había descubierto que a lo largo de la historia del pueblo de Israel y en el mensaje de Jesús, las mujeres tenían un rol importante, que luego fue desconocido por los hombres de poder de la iglesia al hacer una relectura patriarcal de la tradición cristiana.

La idea de seguir a Jesús antes que a la iglesia fue tomando forma. Olga Lucía había traducido todas estas preguntas y resistencias en clave de vocación sacerdotal. Entonces se dio a la tarea. Empezó a estudiar, a leer mucho y a escribir, a buscar alianzas y cómplices. Encuentra en la Asociación de Presbíteras Católicas Romanas –ARCWP, por su nombre en inglés, el espacio que estaba en su horizonte de vida.

El once de diciembre de 2010 es ordenada presbítera, la primera de América Latina. Monta un blog que nombró Evangelizadoras de los Apóstoles, con el enunciado *Somos*

un movimiento internacional dentro de la Iglesia Católica, en la búsqueda de justicia e igualdad para mujeres y hombres en la inclusividad según la propuesta de Jesús de Nazaret. Desde esta plataforma (que fue hackeada una vez¹), ha divulgado su pensar y hacer, sus celebraciones eucarísticas con sectores populares, sus experiencias de vida.

Pero la apuesta siguió avanzando porque se trataba de ir más allá empujando para las mujeres un espacio en derecho dentro de la Iglesia Católica. Por eso aceptó cuando le propusieron ser obispa. El 24 de septiembre de 2015, de manos de compañeras que le han antecedido en el episcopado en Estados Unidos, fue consagrada obispa. Al terminar 2019 ha ordenado para Colombia a cuatro presbíteras, para Venezuela una, y diaconas una para Colombia y una para Chile.

Olga Lucía sigue la misma, la sencilla, la de todos los días estar cercana a quienes la convocan para sus reuniones eucarísticas, para un bautizo o un matrimonio, o simplemente para compartir el pan de la amistad y la solidaridad en un país que sigue buscando la paz.

Olga, ahora en Medellín, construye comunidad de fe y devuelve a su padre (de 104 años) los desvelos y el cariño de cuando empezó a asomarse a la vida, allá en un pueblo de Antioquia. Y hace memoria de su madre, fallecida hace unos años, y quien aprendió a comprenderla y a seguirla en esta ruta desconocida y profética.

Medellín conjuga, entre las violencias que todavía la cruzan como ciudad y como país, la experiencia de una ruptura en la historia de la iglesia latinoamericana a la que contribuyó una chica con aquella piadosa mentira del mimeógrafo. La misma que hoy, ya no con ingenuidad sino con la certeza que da la fe en el mensaje libertario de Jesús, decide desde el poder de la esperanza, enfrentarse a la hegemonía masculina de las jerarquías.

Hace sol, y en la agenda de muchas mujeres creyentes, sus derechos tienen una nueva vertiente de realidad en las iglesias y en las calles, en éstas en donde de modo preferencial transcurre la pascua de los pueblos. Hoy más que nunca. Hoy cuando las jóvenes protagonizan también en las calles de Colombia y América Latina, codo a codo con los hombres co-generacionales, esa otra manera de empujar la historia y hacer retroceder las injusticias.

Gracias Olga Lucía.



Javier Omar Ruiz Arroyave
Educador popular
Animador de procesos de
Masculinidades Libertarias
e-mail: javieroruz@hotmail.com

¹ Por eso el blog ahora es: evangelizadorasdelosapóstolesregresan.com